

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Aunque algunos personajes y circunstancias que en él aparecen se basan en personas y hechos históricos reales, cualquier referencia a personas, acontecimientos, instituciones, organizaciones o lugares reales está al servicio de la ficción y solo pretende aportar una sensación de autenticidad. El resto de los personajes y todos los acontecimientos y diálogos son obra de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como reales.

Título original: *The Midwife of Berlin*

© 2023, Anna Stuart

© 2024, de la traducción por Begoña Prat Rojo

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-81-1

Código IBIC: FA

DL: B 21.209-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime S. L.

Impreso en abril de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Anna Stuart

La mujer con el tatuaje

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*A Kate, mi maravillosa agente, sin cuya sabiduría,
persistencia, comprensión y apoyo, no habría llegado donde estoy.
Con gratitud y amor, de una mujer fuerte a otra.*

PRÓLOGO

Auschwitz-Birkenau
DICIEMBRE DE 1943

ESTER

Es un milagro. Siempre que ha ayudado a una mujer a dar a luz, le ha parecido algo mágico, pero cuando tiene a su propia hija entiende realmente que se trata de un milagro. ¿Cómo es posible que ella haya creado a esta perfecta persona en miniatura? ¿Cómo ha podido sacar a empujones de su cuerpo demacrado a este minúsculo ser humano? ¿Cómo ha podido producir la leche que alimenta a su hija? Y ¿cómo diablos es capaz de seguir produciéndola aquí, en el infierno?

Auschwitz-Birkenau no es lugar para un bebé, pero no por ello deberían quitárselo a nadie.

—Tengo que esconderla —repite una y otra vez, aunque entre las austeras literas de madera no hay lugar donde ocultarse.

En Auschwitz-Birkenau no hay alfombras, cojines ni sillas. Ninguna mujer tiene nada más que el uniforme a rayas que la cubre; ningún colchón tiene más que un puñado de paja; ninguna manta es lo bastante gruesa como para cubrir siquiera una extremidad prácticamente congelada. Lo único que le ha permitido a Ester mantener con vida a su bebé durante estos dos preciosos días ha sido la amabilidad de quienes han compartido con ella unas raciones de las que apenas pueden permitirse prescindir. Aunque ocultara a su hija en el recoveco más recóndito de las barracas, tan solo conseguiría que se muriera.

Acaricia el suave cabello de Pippa mientras la niña duerme. Es rubia. Eso también es un milagro. A los nazis les gustan los bebés rubios. Ester sabe que se llevarán a su hija y se la entregarán a una «intachable mujer alemana», y eso mantendrá a Pippa con vida. La mantendrá a salvo.

Pero no la mantendrá junto a Ester.

¿Qué es mejor, a fin de cuentas, que tu hija muera contigo o que viva sin ti?

Esa es la clase de dilemas imposibles que el campo te plantea. Ester ha visto muchas veces esa misma angustia en otras mujeres, pero ahora el dolor se retuerce con maldad y se clava como un puñal en su propio útero, todavía palpitante. Aunque Pippa ya no esté dentro de su cuerpo, la esencia de su hija pervive en cada una de sus células y, cuando se la lleven, las desgarrará una por una.

Y se la llevarán. Ester no puede esconder a Pippa del ojo que todo lo ve y todo lo odia del nacionalsocialismo, pero hay una cosa que sí puede hacer.

—Tengo que marcarla.

Coge la aguja de tatuar. Está prohibido inscribir un número con tinta en los brazos de los bebés judíos, pero Ester puede tatuar su propio número en la axila de Pippa, ocultándolo entre los pliegues de la piel del bebé. Un día, cuando toda esta locura siniestra haya terminado, tal vez pueda encontrarla. Es una esperanza atroz, pero es posible que esa esperanza impida que las células de su cuerpo se abran como una llaga, y que la mantenga con vida cuando llegue el terrible momento en que le quiten a su preciosa recién nacida.

Levanta la aguja, tatúa los números. La niña abre los ojos de par en par por la impresión y lanza un gemidito, pero esa es su única queja. A lo mejor está demasiado débil o a lo mejor, por alguna razón, entiende lo que ocurre.

—Ea, ea —la tranquiliza Ester—. No tardaré mucho y valdrá la pena. Así serás siempre mi niña.

Pero ¿lo será? Ester pasa los dos siguientes días con Pippa en brazos.

—Te quiero —le dice una y otra vez—. Te quiero ahora y te querré siempre, y nunca dejaré de buscarte.

Pippa la mira con sus ojos azules y parpadea.

Pero al cuarto día, alguien llama a la puerta del barracón.

—¡Un coche! ¡Ha llegado un coche!

Aquí están, pues. Han venido. El dolor de la inminente pérdida atraviesa a Ester, que abraza a su hija contra su pecho y le besa los ojos azules que mantiene cerrados para que no vea cómo su madre la entrega a las ávidas garras del enemigo.

—Lo siento, Pippa —le dice entre lágrimas—. Lo siento muchísimo.

La artera oscuridad de dos oficiales de las SS ocupa la puerta. Unas manos cuidadas surgen de un abrigo entallado y agarran a su bebé como un ave rapaz a su presa.

—No le haga daño —implora Ester.

—¿Por qué iba a hacerle daño? —contesta Wolf con desdén—. Es una buena hija del Reich.

Una risotada cruel, el taconeo de una cálida bota, y se esfuman. Ester cae al suelo y espera. El dolor es intenso pero, a pesar de todo, sus células no revientan. Sería demasiado apacible. En lugar de eso, se anudan en una dura y crispada maraña de amarga determinación. No dejará que se salgan con la suya; no dejará que ganen.

Al final, es mejor que tu hija viva. La esperanza representa el mayor dolor, pero de ella nace la fortaleza más poderosa. Encontrar a su pequeña es ahora el objetivo de Ester, su reto, el propósito que la impulsa. Volver a encontrar a su bebé es ahora la razón para que, entre la suciedad, el frío y el miedo de Auschwitz, Ester sobreviva.

PRIMERA PARTE

UNO

Stalinstadt, Alemania Oriental
JUEVES, 18 DE MAYO DE 1961

OLIVIA

No fue el golpe en la puerta lo que despertó a Olivia, ni siquiera la voz del hombre, comedida pero tensa reclamando obediencia, ni la réplica firme de su madre. Fue la preocupación de su padre lo que se coló en su sueño y la sacó de la cama. Su padre era un hombre afable y pacífico, pero esa noche sonaba enfadado.

—O voy yo con ella o no sale de esta casa.

—No se permiten hombres —fue la cortante respuesta.

Con el corazón desbocado, Olivia fue a buscar su bata, pero al final se lo pensó mejor. Uno no se enfrentaba a la Stasi con la ropa de dormir, así que cogió las prendas que el día anterior había arrojado despreocupadamente sobre la silla. De haberlas visto, su madre se habría enfadado —era una maniática del orden—, pero Olivia había llegado demasiado cansada para doblar la ropa y meterla en los cajones, y ahora se alegraba. Se metió la camisa azul de la Freie Deutsche Jugend —las juventudes de la RDA— por dentro de la falda negra y no se molestó en ponerse los calcetines de lana ni el pañuelo azul y blanco.

En la entrada, la conversación proseguía, aunque era evidente que al hombre se le estaba agotando la paciencia. Olivia se apresuró a abrir la puerta. Sus padres estaban en el pasillo, uno pegado al otro, delante de un hombre fornido enfundado en un pesado sobretodo y que ocupaba todo el umbral con las piernas abiertas, como si le perteneciera.

—La Stasi es el escudo y la espada del partido —murmuró Olivia por lo bajo. Era lo que les habían enseñado en la escuela—. No hay nada que temer del Ministerio para la Seguridad del Estado si eres un buen socialista.

Hasta ese momento, Olivia lo había creído a pies juntillas, pero al ver a ese hombre parado en su recibidor en el momento más oscuro de la noche, no pudo evitar que el miedo se colara sigilosamente en sus venas sin que nadie lo hubiera llamado.

—Su mujer estará a salvo, señor —dijo el oficial.

El «señor» fue una apostilla, y la garantía acerca de su seguridad, poco más.

La madre de Olivia, Ester, alzó la mirada hacia su marido. El blanco de su uniforme de comadrona destacaba tanto bajo los oblicuos rayos de luna que se colaban por la ventana del recibidor, que le confería una apariencia casi fantasmal.

—No es más que un parto, Filip. No es más que una madre.

—Es una prisionera, *meine liebbling* —contestó él—. Podría ser peligrosa.

—Y por ese motivo está sometida a continua vigilancia —espetó el oficial de la Stasi.

Se estaba enfadando y eso, como bien sabía Olivia, sí que era peligroso.

—Iré yo.

Todos se dieron la vuelta y Olivia se sintió tan expuesta que deseó haberse tomado el tiempo para ponerse también los calcetines. Avanzó con rapidez y echó un vistazo a la puerta de sus hermanos menores, para asegurarse de que no los había despertado.

—Iré con Mutti.

—No tienes por qué hacerlo, *kindchen* —dijo Ester.

—No tengo por qué, pero lo haré. Quiero hacerlo.

—De acuerdo —dijo el oficial de la Stasi—. Ven tú también. No hay tiempo que perder. La mujer estaba echando el lugar abajo a base de gritos cuando me marché.

Ester se permitió una media sonrisa.

—Es lo que hacen las parturientas.

Aunque el miedo seguía atenazando las entrañas de Olivia, la calma de su madre lo mitigó, y la chica deslizó los pies desnudos en sus zapatos escolares. El hombre lanzó una mirada a su camisa de la FDJ y, con un leve asentimiento de aprobación, cogió el abrigo que sostenía Filip y la ayudó a ponérselo.

—Gracias.

—Id con cuidado —se despidió Filip al tiempo que les daba sendos besos.

Aún se lo veía intranquilo; sin embargo, Olivia se sentía mucho más segura. No se habían metido en un lío, sino que iban a ayudar al Estado, como era su deber, y su creciente emoción logró aplacar el miedo. No era la primera vez que ayudaba a su madre en un parto, incluso lo había hecho de noche en un par de ocasiones, aunque nunca en unas circunstancias tan dramáticas. ¡Lo que dirían sus amigas en la escuela cuando se lo contara al día siguiente!

La luna brillaba en lo alto del cielo por encima de Stalinstadt y derramaba su luz plateada sobre la nueva y perfecta ciudad socialista. Las hileras simétricas de edificios residenciales se erguían como formas sólidas, construidas para acoger a los trabajadores de los hornos de hierro, cuyo humo se elevaba danzando como atraído por el resplandor. Los faros de los coches proyectaban círculos amarillos en el gran obelisco en honor a la amistad germano-soviética que había frente a su casa y Olivia hizo el saludo de manera automática, pero entonces vio el vehículo que las esperaba y se le volvió a encoger el corazón.

—Entren, por favor.

El oficial abrió la puerta de la austera furgoneta gris, pero Olivia retrocedió. Todo el mundo conocía aquellas furgonetas y nadie deseaba ver su interior.

—Yo no...

—¡Adentro! —Prácticamente las empujó al interior del reducido espacio.

—¿Nos van a...? —balbuceó Olivia, pero un portazo interrumpió sus palabras, y su madre y ella se quedaron encerradas.

—No nos va a pasar nada, Liv. Siéntate e intenta no preocuparte.

El vehículo estaba dividido en cinco celdas minúsculas, cada una con un austero banco de madera y una sujeción para esposas. Por lo menos las puertas de las celdas no estaban cerradas, de modo que Olivia vio cómo su madre se sentaba con compostura y la espalda erguida, los pies juntos y su maletín médico sujeto con fuerza en el regazo. Con el corazón martilleándole en el pecho, Olivia intentó acomodarse en la siguiente celda, a pesar de que, al ser casi una cabeza más alta que su madre, apenas cabía dentro. Era «de huesos grandes» —el armazón de un cuclillo en un nido de livianos y gráciles gorriones—, pero al menos eso significaba que podía utilizar sus largas piernas para mantener la puerta abierta y no perder de vista a su madre.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Enseguida lo sabremos, cariño.

Olivia asintió a regañadientes. En Alemania Oriental, nadie sabía más de lo necesario. Era mejor así. El Estado lo tenía todo bajo control y el trabajo del individuo era cumplir con el papel que le habían asignado. «No somos más que piezas del enorme rompecabezas de la vida colectiva —se recordó Olivia—. Si encajamos en el lugar reservado para nosotros, la imagen quedará completa». Aun así, habría sido agradable saber si iba a pasar minutos u horas en aquella aterradora furgoneta, o si...

—¡Au!

El grito ahogado se le escapó cuando la furgoneta se detuvo con una sacudida, antes de que se oyera el estrépito de unas puertas de garaje al abrirse. La furgoneta se zarandeó

hacia delante y luego se oyó cómo las puertas se cerraban de nuevo.

Ester estiró el brazo y cogió la mano de Olivia.

—No nos va a pasar nada —repitió.

Pero Olivia tuvo que esforzarse para crearla, mientras la puerta se abría y las sacaban a un garaje vacío y blanco, para luego hacerlas subir un par de escalones hasta un pasillo angosto y mal iluminado. A ambos lados había pesadas puertas metálicas con enormes cerrojos y gruesos barrotes sobre unas diminutas ventanas.

—No mires —susurró Ester.

Pero era imposible resistirse y Olivia vislumbró a hombres y mujeres, en su mayoría encogidos en posición fetal, sobre camas finas y duras que ni siquiera disponían de la comodidad de una manta. El oficial las instó a seguir avanzando y adentrándose más y más en el aterrador edificio, y Olivia tuvo que hacer acopio de hasta la última gota de confianza en su madre para seguirla hacia el infierno.

—¡Es aquí! —El oficial levantó una mano al tiempo que un débil gemido se filtraba al pasillo—. Escúchenla. ¿Es necesario semejante alboroto?

—Eso es lo que vamos a averiguar —dijo Ester—. Puede que haya complicaciones.

El oficial se estremeció, se detuvo delante de una de las puertas de hierro y llamó tres veces con los nudillos. Una mujer vestida con el uniforme verde de la Volkspolizei abrió con expresión afligida.

—La comadrona —anunció el oficial de la Stasi, y dio un empujoncito a Ester para hacerla pasar.

—¡Por fin! —La vopo, el sobrenombre que usaba todo el mundo para referirse a la Volkspolizei, agarró a Ester del brazo—. Algo va mal. Le pasa alguna cosa.

Olivia siguió a Ester al interior de la pequeña estancia y ahogó un grito ante lo que vieron sus ojos. La prisionera era un delgado despojo de mujer, probablemente no mucho

mayor que Olivia con sus diecisiete años, con una enorme barriga y el pelo corto y de un verde llamativo. Se retorció atormentada por el dolor, tirando de las esposas que la sujetaban a una tubería, como si intentara trepar por la austera pared.

—Algo va muy mal —convino Ester, y dio un paso adelante—. Esta pobre mujer necesita moverse.

—No es posible —contestó la vopo—. Tiene que permanecer esposada. Podría suponer una amenaza.

—¿Te parece amenazadora?

—Bueno, no...

La mujer miró hacia la puerta, pero el oficial se había marchado y, mientras la prisionera llegaba al final de una contracción y se desplomaba sobre la pared, escucharon el taconeo de sus elegantes zapatos que se alejaba reverberando por el pasillo.

—Tienes aspecto de ser una mujer competente —le dijo Ester a la vopo con sequedad—, y mi hija es muy fuerte. Todo irá bien.

La vopo miró a Olivia y luego a la prisionera.

—De acuerdo, pero si esto sale mal, la responsabilidad es tuya.

—Por supuesto.

La vopo abrió las esposas y la joven cayó al suelo. Ester se acercó a ella y le hizo una seña con la cabeza a Olivia para que la ayudara a tenderla sobre la adusta cama.

La chica abrió los ojos y miró hacia arriba, confundida.

—¿Estoy muerta?

Ester le dedicó una sonrisa.

—Al contrario, mi niña; estás a punto de dar a luz. ¿Cómo te llamas?

—Claudia.

—Muy bien, Claudia; vamos a descansar un poco y luego... Vaya, parece que ahí vamos otra vez. —Claudia se retorció, pero Ester la sujetó con firmeza y miró hasta el fondo de

sus ojos asustados—. Respira, Claudia, así: inspira por la nariz, espira por la boca. Bien. Abraza el dolor, mi niña. Es solo tu cuerpo abriéndose para dejar que salga el bebé. Respira; eso es, lo estás haciendo muy bien.

Olivia se quedó un poco más atrás, pestañeando para hacer desaparecer sus absurdas lágrimas mientras contemplaba a su madre hacer maravillas con Claudia que, cuando pasó la contracción, se relajó sobre la cama.

—Bien hecho —dijo Ester en tono sosegado—. Vamos a echar un vistazo para saber en qué punto estamos, ¿te parece? Vaya, estupendo. Te falta muy poco, Claudia. Por eso te duele tanto: el bebé se está preparando para salir. Si me escuchas, enseguida acabará todo y tendrás al bebé en tus brazos.

Claudia le dedicó una débil sonrisa.

—Ojalá Frank estuviera aquí.

—¿Es tu marido?

Ella asintió.

—Quería estar conmigo. Sé que no es lo más convencional, pero es lo que él quería; decía que qué menos que apoyarme, apoyar... —Su frase terminó en un sollozo y, a continuación, una nueva contracción asoló su delgado cuerpo y la obligó a concentrarse únicamente en su respiración.

Olivia miró a la vopo, que había retrocedido hasta la puerta, y luego de nuevo a Claudia.

—¿Por qué estás aquí? —susurró.

Claudia se señaló sin fuerzas el pelo y tiró de las puntas verdes.

—Soy un elemento subversivo.

Olivia ahogó un grito. Aunque las advertencias sobre los males de rebelarse contra las bondades del Estado eran una constante en su vida, nunca había conocido a alguien que lo hubiera hecho de verdad.

—¿Ah, sí?

La chica se encogió de hombros.

—Por lo visto. Solo me teñí por diversión. La ropa me quedaba como un saco y pensé que...

Olivia frunció el ceño.

—Pero algo más habrás hecho. Tienes que haber...

—¡Olivia! —El tono de Ester fue cortante—. Ahora no es el momento de discusiones políticas.

Olivia se sobresaltó.

—No, madre. Lo siento, madre. —Se acercó a ella—. Pero es que este sitio es espantoso, y...

—Este sitio no es espantoso.

En la voz de Ester había algo parecido al rígido acero, y detuvo en seco a Olivia. Su madre era tan serena, capaz y cariñosa, que a veces se olvidaba de lo que había vivido. Nadie sobrevivía a Auschwitz sin cicatrices, por mucho que se esforzara en disimularlo.

—Lo siento —volvió a decir.

Ester hizo un leve movimiento con la mano como para quitarle importancia y le sonrió.

—No hay nada que sentir, cariño. Y ahora, tráeme agua, por favor. Y esa toalla. ¡Parece que el bebé está coronando!

Feliz de poder escaparse, Olivia se apresuró a coger lo que su madre necesitaba y se quedó a su espalda, asegurándose de permanecer cerca de la cabeza de Claudia. Los niños eran un regalo maravilloso, lo sabía. Era el deber de toda mujer tener tantos como pudiera para reemplazar a los pobres hombres abatidos por las armas enemigas durante la guerra y, cuando llegara el momento, ella cumpliría con su deber. Era solo que no estaba segura de querer saber tanto sobre el proceso de antemano.

Claudia tenía las uñas clavadas entre el pelo verde y chillaba como si la estuvieran descuartizando, mientras Ester le acariciaba con calma la espalda y le decía lo bien que lo estaba haciendo.

—¡Ya sale! El bebé está saliendo, Claudia. Un empujón más.

Y entonces, súbitamente, con un rugido de Claudia, una nueva vida llegó a la habitación.

—Es un niño —dijo Ester al tiempo que este estallaba en un vigoroso llanto—. Tienes un niño, Claudia. Un hijo.

Acunó al niño entre sus firmes manos y Olivia se acercó sigilosamente para mirar. Era muy grande. ¿Cómo demonios lo había conseguido Claudia? Ester se lo tendió a Olivia.

—¿Yo? —Lanzó una mirada a la vopo, pero esta se encontraba cerca de la puerta, hablando a través de los barrotes.

—Por favor —la instó Ester—. Tengo que cortar el cordón.

Olivia tendió las manos y Ester le colocó al niño encima. Aunque estaba un poco viscoso, su piel era muy suave y, mientras agitaba sus piernecitas, una sensación de asombro inundó a Olivia.

—Es precioso.

—¿A que sí? —Ester dio un tijeretazo al cordón palpitante y asintió—. Ahora se lo puedes pasar a su madre.

Claudia ya se estaba incorporando, y su sufrimiento se esfumó por completo al coger a su hijo y cubrirlo de besos.

—Mi niño. Ay, mi *süsse* niño.

Él hizo un puchero y, cuando ella se abrió la blusa, el pequeño se agarró con avidez a su pecho. A Claudia le dio vergüenza, pero luego cambió de postura, se acomodó y se puso a acariciar con los dedos el fino pelo de su cabeza mientras él mamaba. El bebé dejó escapar un ronroneo de satisfacción y levantó la mano hacia la de su madre, antes de cerrar por reflejo sus deditos sobre uno de los de ella.

Olivia retrocedió hasta el lugar más apartado posible de la abarrotada celda para darle un poco de privacidad a Claudia, aunque era incapaz de apartar la mirada de la madre y el recién nacido.

—¿Para ti también fue así? —le susurró a Ester, que estaba ocupada comprobando la placenta. Ester se sobresaltó y Olivia la miró, sorprendida—. Quiero decir con los niños, con Mordy y Ben.

—Ah, ya te entiendo. Sí, por supuesto. Los primeros momentos con un recién nacido son únicos.

Parecía ruborizada y Olivia la miró con curiosidad, pero Ester evitó su mirada y se acercó de nuevo a la cama.

—Bien hecho, Claudia.

Ella arrancó la mirada de su hijo.

—Gracias. Muchísimas gracias. No podría haberlo hecho sin ti.

—Bueno, bueno, claro que habrías podido. El bebé sabía qué hacer, ¿verdad?

Ella asintió y sonrió.

—Se llamará...

El golpe de la puerta al abrirse de par en par interrumpió su frase. Todas levantaron la cabeza y vieron al oficial de la Stasi que entraba otra vez y se quedaba mirando al bebé.

—Un niño —dijo—. Bien. —Alargó las manos y se lo arrancó a Claudia de los brazos, con tal rapidez y seguridad que a ella no le dio tiempo a reaccionar—. Me ocuparé de encontrarle un buen hogar.

—¿Cómo? —jadeó Claudia.

Él ya se estaba volviendo hacia la puerta y ella bajó de un salto de la cama, con la sangre corriéndole por las delgadas piernas, y le arañó el brazo.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué está haciendo? ¡Es mi hijo!

—Ya no —fue la fría respuesta. Olivia contempló horrorizada al oficial, en cuyos brazos el bebé era apenas un bultito rosa que se retorció sobre el negro de su sobretodo—. Eres un elemento subversivo, un peligro para el Estado —continuó el hombre—. No podemos confiar en ti para educar a un niño. Irá a un buen hogar, un hogar socialista.

—No soy subversiva. Se lo prometo, no lo soy. —Claudia estaba ahora de rodillas, llorando a mares—. Solo me teñí el pelo por diversión. No significa nada. Estoy en la FDJ, he hecho el juramento; lo educaré bien, lo juro.

—Me temo que no podemos fiarnos de ti.

El oficial se encogió de hombros, como si se estuviera llevando una tableta de chocolate y no la vida que tanto esfuerzo le había costado a ella traer al mundo.

—Por favor —gritó Claudia.

Pero él se dirigió a la puerta, ajeno a su dolor.

Y fue entonces cuando Ester se interpuso en su camino.

—No —dijo. En la estancia, todos se quedaron petrificados. Aunque Ester era menuda, su voz inundó el espacio—. No puede hacerlo, señor. No puede separar a este niño de su madre.

—¿No puedo? —El oficial entornó los ojos.

—Es crueldad, represión; todo aquello contra lo que luchamos, ¿no es así?

—¿Cómo se atreve? —gruñó él.

Pero Ester, a la que temblaba todo el cuerpo por la emoción, ignoró la amenaza.

—Lo he visto antes. He visto a niños arrancados de brazos de sus madres. He visto el daño que ocasiona, la angustia que genera. Los nazis les quitaban los bebés a sus madres. Yo creía que nosotros hacíamos las cosas mejor. Creía que el socialismo se basaba en construir un futuro juntos. Creía que se basaba en la familia, la comunidad y los valores compartidos.

—Así es, y esta mujer, esta joven subversiva, no comparte los nuestros.

—Sigue siendo su madre. El niño ha salido de su cuerpo.

—Que es un instrumento del Estado. No vamos a ser crueles con el niño. Estará a salvo y bien cuidado.

—Pero no lo cuidará ella.

—Porque no se lo merece.

—Pero...

—¡Comadrona! Ha hecho su trabajo; ahora déjeme a mí hacer el mío. Si esta mujer demuestra su lealtad, podrá tener otro hijo.

—¡No es lo mismo! —Fue como si a Ester le arrancaran de dentro las palabras, teñidas de puro dolor.

El oficial retrocedió.

—¿Es posible, comadrona Pasternak, que sea usted también un elemento subversivo?

—¡No! —Esta vez le tocó a Olivia intervenir—. Mi madre es leal, buena y honesta.

—Pues asegúrate de que siga siendo así, o volveréis a ver el interior de este edificio.

Y con esas palabras, el hombre desapareció con el bebé sin nombre en brazos. Ester se desplomó sobre el suelo junto a Claudia y las dos lloraron juntas.

La furgoneta las dejó de nuevo en la Alte Ladenstrasse al tiempo que los primeros rayos de luz atravesaban Stalinstadt. Olivia bajó precipitadamente mientras el oficial se despedía con un seco «gracias» y salía disparado con su vehículo. Nunca se había sentido tan aliviada de ver su casa.

—Siento que hayas tenido que presenciar esa escena, Liv —dijo Ester—. Pero te agradezco mucho tu ayuda.

—Yo me alegro de que no tuvieras que entrar ahí sola, Mutti.

Ester soltó una risa breve y sombría.

—He visto cosas peores, corazón; mucho mucho peores.

Con su madre, todas las conversaciones acababan así. Olivia sabía por qué; sabía que, a la edad que tenía ella ahora, a Ester la habían mandado a «ese lugar». Sabía que el tiempo que había pasado allí constituía la base de todo lo que su madre era, pero esa noche había habido algo nuevo, un pozo de dolor más profundo de lo que Olivia había imaginado.

Ester la miró y le dedicó una sonrisa triste.

—Parece que ha llegado el momento.

A Olivia le dio un vuelco el corazón.

—¿El momento de qué, Mutti?

—El momento de la verdad; de toda la verdad.

Cogió a Olivia de la mano y la llevó al banco que había frente al obelisco.

—Tenía pensado contártelo el día que cumplieras dieciocho años, *kindchen*, pero por lo visto, Dios tiene otros planes. —Aspiró hondo y le dedicó a Olivia una sonrisa triste—. Ya sabes que tú naciste en «ese lugar», ¿verdad? Que tu madre murió y a ti se te llevaron, y que nosotros te encontramos en un orfanato y te trajimos a casa.

Olivia asintió. Jamás le habían ocultado nada sobre su adopción y sintió deseos de decir lo agradecida que estaba, lo feliz que era de formar parte de la familia de Ester, pero las palabras se le atragantaron porque, por primera vez, se dio cuenta de que la historia iba más allá.

Ester tragó saliva.

—Hubo otro bebé al que se llevaron como a ti, pero su madre no estaba muerta. Su madre era... Su madre era yo.

Olivia notó cómo Ester apretaba los dedos sobre los suyos, igual que el pobre pequeño se había aferrado a los de Claudia durante los breves instantes que habían pasado juntos.

—Tienes una hermana, Olivia —continuó su madre con la voz rota—. Nunca pudimos encontrarla, pero sabe Dios que, en algún lugar, tienes una hermana.

Olivia se la quedó mirando y la inusitada zozobra de Ester le resultó tan nítida como el aire gélido de la mañana.

—¿Tienes una hija?

—Otra hija —la corrigió Ester con dulzura—. Y sí, me la arrebataron en Auschwitz-Birkenau cuando ella tenía solo unos días.

—Y ¿jamás la encontraste?

—Jamás.

Ester bajó la mirada mientras tiraba nerviosamente de un imaginario hilo suelto en su immaculado uniforme.

—¿Todavía la buscáis?

Ester se quedó un largo rato contemplando sus manos y, de repente, alzó la vista y miró a Olivia a los ojos.

—Dejamos de hacerlo.

—¿Dejasteis de buscar a tu hija? —La tristeza llameó en

los ojos de Ester y Olivia se sintió fatal—. En fin, seguro que tenéis vuestros motivos. Seguro que...

—Dejamos de buscar —repitió Ester—. Hubo motivos. Bueno, sobre todo uno. ¿Hicimos bien? No lo sé. Fue la decisión más difícil de mi vida y me la cuestiono cada día, sin descanso. Pero sí, dejamos de buscarla.

Olivia abrió la boca para preguntar por qué, pero algo en los ojos colmados de dolor de Ester la detuvo.

—Mañana —prometió esta—. Mañana te contaré más. Ahora, vamos a ver si podemos dormir un poco.

Olivia asintió y se dejó llevar hasta su piso, pero por alguna razón su bonito cuarto parecía un poco menos acogedor que antes; su cama, menos segura; y se quedó tumbada viendo cómo el sol salía sobre un mundo que, por lo visto, en algún lugar, escondía a una chica que era la querida hija de sus padres, más querida que ella.

DOS

Café Adler, Berlín Occidental
VIERNES, 19 DE MAYO DE 1961

KIRSTEN

—¿Le apetece un donut para acompañar el café, señor? Tenemos los mejores de Berlín. —Kirsten deslumbró al joven con su mejor sonrisa y él miró el expositor de los dulces, evidentemente tentado por el par de donuts que quedaban en la bandeja—. Si compra los dos, le puedo dejar el segundo a mitad de precio.

—Pero entonces tendré que comérmelos —repuso él con una ceja arqueada.

Era guapo. Quizá no el tipo habitual de Kirsten —más delgado y de expresión más seria—, pero sin duda guapo.

—¿No tiene nadie a quien ofrecérselo? —preguntó ella, mirándolo por debajo del flequillo y esperando que los rizos rubios que se había pasado una eternidad ondulando esa mañana siguieran en su sitio.

—Nadie lo bastante especial para los mejores donuts de Berlín.

Kirsten soltó una risita.

—Entonces, supongo que tendrá que comerse los dos.

—O podría darte uno.

A ella casi se le paró el corazón. El joven debía de tener veintitantos años y formaba parte del grupo de estudiantes modernos de la universidad politécnica.

—No me dejan comer mientras estoy de servicio —contestó, y se permitió un pequeño mohín.

—Podría guardártelo hasta que salgas.

—Bueno, yo...

—Aparta, Kirsty —le dijo en tono alegre su compañera de trabajo, Sasha, al tiempo que se abría paso detrás de la barra—, algunas tenemos trabajo.

Y sin más, estiró el brazo y cogió los dos dónuts con una pala. Kirsten no pudo hacer otra cosa que quedársela mirando con la boca abierta, mientras la otra se los servía a una mujer mayor con dos niños que gimoteaban y le tiraban de la falda.

El chico guapo lanzó un suspiro exagerado.

—Supongo que así nos hemos evitado los dos la tentación —dijo.

—Yo no lo tengo tan claro —respondió Kirsten sin pensar.

Él se rio y ella notó que se ponía roja como un tomate. ¡Menuda idiota! El chico, no obstante, se inclinó hacia delante y dijo:

—Puede que tengas razón. Me llamo Dieter, Dieter Wohlfahrt.

—Kirsten —balbuceó ella.

—Lo sé.

—¿Ah, sí?

Él señaló la placa que llevaba colgada al pecho con su nombre y ella se puso aún más roja. Seguro que pensaba que era una colegiala ingenua, y no se equivocaba.

—Kirsten Meyer —se apresuró a añadir—. Será un marco, por favor.

—Gracias. Igual la próxima vez podemos comernos esos dónuts. —Tras dejar un marco sobre el mostrador, el chico cogió su café y se dio la vuelta para reunirse con sus amigos, pero en el último momento giró la cabeza y agregó—: Me gusta tu vestido, por cierto. Es... diferente.

Antes de que a ella se le ocurriera una respuesta, él se marchó hacia el ruidoso grupo que ocupaba el banco de la ventana. Una chica le hizo sitio aparatosamente en el asiento y, al ver cómo Dieter se acomodaba junto a ella, Kirsten

chasqueó la lengua, contrariada consigo misma. ¿Por qué iba a tener tiempo Dieter, el apuesto e inteligente estudiante universitario, para una camarera de diecisiete años que se hacía sus propios vestidos? Solo había sido educado.

Obligándose a exhibir su mejor sonrisa, se volvió hacia el siguiente cliente y trató de no mirar demasiado por el rabillo del ojo la mesa de la ventana, aunque le resultó difícil. La chica sentada junto a Dieter era muy guapa, con un reluciente pelo color avellana y ropa a la última moda. Kirsten la observó con envidia y admiró los tejanos Levi's que se ajustaban a la perfección a su torneada figura. Le habría encantado tener un par igual, pero ni por asomo se los podía permitir.

«Le ha gustado tu vestido», se recordó a sí misma, y contempló el vestido de corte triangular a cuadros rojos que se había pasado horas confeccionando y que había copiado de las fotos de la revista *Twen*. Aunque estaba satisfecha con el resultado final, sabía que no tenía el lustre de una prenda comprada en una tienda ni el prestigio de una marca como Levi's.

Ser pobre es un incordio, pensó enfadada, y enseguida se regañó a sí misma. Su madre trabajaba muy duro para hacerlos felices a su hermano y a ella, y era una mezquindad por su parte desear más. Era solo que Kirsten sabía que en otra época habían sido ricos, y la vida habría sido mucho más sencilla si aún lo fueran. Había visto una foto de ella de bebé en la que salía con sus padres delante de la puerta de una enorme casa en Charlottenburg, pero la habían tomado durante la guerra. Después de la contienda, su padre había desaparecido y, con él, la casa.

En la escuela había tantos chicos que habían perdido a sus padres que Kirsten nunca había notado la ausencia del suyo, pero sí que se sentía engañada con la casa. Su madre y ellos habían heredado el acogedor piso de sus abuelos en la Bernauer Strasse enfrente del edificio de

su tía viuda, Tante Gretchen, y aunque sabía que habría debido sentirse agradecida, era difícil no preguntarse cómo había conservado Gretchen su piso, que era mucho más grande y lujoso que el suyo. Tanto el marido de una hermana como el de la otra habían luchado por Alemania, pero, por lo visto, solo uno de ellos lo había hecho con honor, mientras que el otro...

En las pocas ocasiones en las que Kirsten se atrevía a preguntarle a su madre qué había sido de su padre, Lotti estallaba, enfadada, declaraba que Jan estaba «muerto para ella» y se negaba a hablar de él. Nunca había dicho que estuviera muerto de verdad, pero Kirsten suponía que venía a ser lo mismo. Según su hermano, Uli, debía de haber sido un nazi y había perdido todas sus propiedades por «defender una ideología del odio», cosa que tenía sentido pero no era algo en lo que Kirsten quisiera pensar demasiado.

—Aligera, Kirsten, ¡hay clientes esperando!

Kirsten se sobresaltó.

—Lo siento, Frau Munster.

Su jefa era una mujer amable pero severa, y era mejor no hacerla enfadar. Kirsten tenía que centrarse.

Se pasó el resto de su turno preparando café, sirviendo tartas y ordenando platos con la deslumbrante sonrisa que se esperaba de ella. A medida que avanzaba la tarde, el grupo de universitarios se pasó a los *schnapps* y se volvió aún más ruidoso. Kirsten habría jurado que Dieter no paraba de mirarla y, cuando tenía que acercarse a recoger una ronda de vasos, el joven se ponía en pie de un salto para ayudarla.

—Deberías acompañarnos en la siguiente ronda —le propuso.

Pero ella jamás se habría atrevido y, además, en ese momento empezó a sonar Marlene Dietrich en la gramola y la chica de pelo lustroso se puso de pie para cantar, así que Kirsten optó por una retirada apresurada.

La voz de la chica era melosa y ronca. Al acabar, todo el

mundo en el café se puso a aplaudir y los estudiantes gritaron: «¡Bravo, Astrid!». Sasha puso los ojos en blanco y dijo: —Cómo no, la puñetera también canta bien.

Eso hizo que Kirsten se sintiera un poco mejor, aunque de todas formas se alegró cuando las agujas del reloj se acercaron a la hora del cierre y pudo ponerse a pasar la bayeta por las mesas. Se estaba acercando a Dieter y su pandilla cuando su hermano pequeño Uli entró en el local y, en el momento más inoportuno, se tropezó con sus piernas desgarradas de quince años justo delante de todos. Ellos se echaron a reír a carcajadas mientras Uli se ponía en pie torpemente, con el rostro sonrojado.

—Eh, Kirsten —dijo en voz demasiado alta—, Mutti me ha mandado para que te acompañe a casa.

Kirsten deseó que se la tragara la tierra. Notó un escozor en la cicatriz de la axila y reprimió las ganas de tocarla. Se la había hecho en un accidente con una sartén caliente cuando era muy pequeña y siempre parecía irritarse cuando tenía demasiado calor, pero lo último que le hacía falta en ese momento era ponerse a rascársela como un mono.

—Ten cuidado, Kirsten —gritó Astrid—, no te vayas a caer de morros tú también.

—Será mejor que se caiga de culo —dijo uno de los chicos.

—¡Cierra el pico, Jensen! —le espetó Dieter, y Kirsten supuso que debía sentirse agradecida, pero estaba tan muerta de vergüenza que no le importaba. ¿Por qué no se marchaban ya?

Sintió un gran alivio cuando Frau Munster salió con los brazos cruzados y les indicó con seriedad que iba a cerrar. Todos salieron en tropel, entre risas y decidiendo a qué sala de baile irían a continuación, y Kirsten trató una vez más de no sentir celos mientras cogía a su único compañero de baile de la velada: la vieja y apesosa fregona.

—Perdona por dejarte en ridículo —dijo Uli mientras salían para dirigirse al U-Bahn.

—No te preocupes —lo tranquilizó Kirsten—. Solo era una panda de estudiantes idiotas.

Uli le ofreció su brazo como un hombre adulto y, tras un fugaz instante de vacilación, Kirsten se lo aceptó. Era viernes por la noche y el centro de Berlín estaba lleno de gente que salía a cenar o al cine, o que, como Astrid y Dieter, se dirigía a una de las muchas salas de baile que habían proliferado en la ciudad, que luchaba por recuperarse de las desgracias de la guerra. Aún había huecos por todas partes allí donde las bombas habían arrasado multitud de casas, y las demás estaban marcadas con agujeros de bala, pero no paraban de construirse edificios nuevos y, con el auge de la economía, Berlín estaba decidido a disfrutar de los buenos tiempos.

Kirsten miró a su alrededor y disfrutó del espectáculo de su ciudad natal. Berlín era un lugar lleno de contradicciones, partido políticamente en dos pero que, aun así, funcionaba como un todo. Cuando Alemania se dividió después de la guerra por mandato de los vencedores, los rusos se habían quedado con la mitad oriental del país, y británicos, estadounidenses y franceses, con la occidental. A medida que los rusos tomaban control lenta e insidiosamente de todos los órganos de gobierno del Bloque del Este, incluida la República Democrática Alemana, el telón de acero había caído sobre Europa: una línea de alambradas patrullada por centinelas que impedían salir a los que se encontraban tras ella.

La única excepción era aquella maravillosa ciudad de Berlín. Al ser la capital de Hitler, se había considerado un caso excepcional y, a pesar de hallarse en el corazón de Alemania Oriental, también se dividió en dos. Berlín Occidental estaba conectado con Europa occidental mediante una carretera designada y una línea de tren, y Berlín Oriental estaba separado del Occidental tan solo por una línea simbólica que seguía las antiguas divisiones por distritos. La Bernauer Strasse, por ejemplo, donde vivía Kirsten,

era el límite de un distrito. Los que vivían en su lado de la calle formaban parte de la zona aliada y los de la acera de enfrente, incluida su Tante Gretchen, de la soviética, aunque nadie le daba importancia.

Como resultado, aquellos a los que no les gustaba la vida en el Este podían viajar a Berlín, caminar libremente por la ciudad y coger un tren con destino a la libertad. Las autoridades intentaban tomar medidas para evitarlo: detenían a cualquiera con una cantidad sospechosa de maletas y lo enviaban de vuelta a casa, pero poco más podían hacer sin una frontera sólida y, por supuesto, nadie estaba tan loco como para construirla a través de una ciudad. Así pues, los berlineses seguían adelante con sus vidas, viajaban de una zona a otra y decidían adónde preferían ir: si a los luminosos bares de *rock and roll* del lado occidental o a los del Este, más alternativos y cargados de humo. Y esa cálida noche de mayo, daba la sensación de que todo el mundo había salido a la calle.

—¿Y si vamos a algún sitio a tomarnos una Coca-Cola, Uli? —propuso Kirsten cediendo a un impulso.

Él se quedó desconcertado.

—Pero Mutti se preocupará, ¿no?

Kirsten lanzó un suspiro.

—Supongo. No se hable más; a casa se ha dicho.

Giró para bajar por la escalera del U-Bahn y, al instante, la música y las conversaciones de la calle quedaron apagadas.

—Aunque podríamos ir —dijo Uli—. Si tú quieres. Quiero decir que a mí no me importa. Igual...

—Déjalo, Uli. Además, estoy rendida.

Él la miró, intranquilo, y ella le dio un apretón cariñoso en el brazo. Su hermano se preocupaba por todo; en este y en muchos otros aspectos, era muy distinto a ella. Kirsten tenía el aspecto típico de los alemanes: pelo rubio con ojos azules, mientras que él tenía el pelo castaño oscuro y los ojos del color de la corteza del roble. También era más delgado que

ella, sobre todo desde que había dado el estirón, y aunque Kirsten se imaginaba que dentro de un año o dos su hermano sería guapo, por el momento era desgarrado y torpe.

—Vamos —dijo al tiempo que el metro entraba en la estación—, ¿qué animal quieres ser esta noche?

Él sonrió de oreja a oreja, agradecido. Era el juego al que jugaban de pequeños cuando su madre, Lotti, los llevaba al zoo. Había sido su lugar preferido de toda la ciudad; se pasaban horas allí, felices, corriendo arriba y abajo delante de las jaulas de los monos o pegando la cara al cristal del bonito recinto del hipopótamo. Inspirados, se habían inventado el juego de «¿Qué animal quieres ser?»; si se quedaban atrapados en medio de un gentío, optaban por la jirafa; si habían pasado el día fuera, en una de las numerosas playas de los lagos de Berlín, por el hipopótamo; si estaban en el parque, escogían el mono. Una vez, durante la cena del domingo, Uli había cogido la última carcasa de pollo y había dicho que le gustaría ser un buitre, pero Lotti se la había quitado de un tirón y había dicho que ya había «suficientes buitres en Alemania, muchas gracias», así que Uli no lo repitió.

—Voy a ser un saltarín —decidió en ese momento.

—¿El pájaro? ¿Por qué?

—Porque son grandes bailarines y así podría llevarte a bailar esta noche.

Ella se rio.

—Podemos bailar en casa.

—¡Sí! —Uli se animó—. A lo mejor Mutti saca el gramófono y pone algunos de los viejos discos de *swing* del abuelo.

—Suena genial.

Kirsten le sonrió de nuevo y trató de no imaginarse a Dieter, Astrid y sus modernos amigos bailando los temas de moda en el Wanne o el Eden Saloon.

—¿Qué serías tú?

—¿Cómo?

—Qué animal, tonta; ¿qué animal serías tú?
—Ah, vale. Pues... un león marino, porque así podría cobrar a la gente para que viniera a ver mis números.
Uli la miró con los ojos entornados.
—¿Por qué querrías hacer algo así?
Ella se encogió de hombros.
—Por el dinero, me imagino. ¿A ti no te gustaría ser rico, Uli?
—Supongo que sí.
—Antes lo éramos; ya sabes, durante la guerra.
—Ya, bueno, pero era dinero nazi, conseguido gracias al sufrimiento de otros.
—¡Chitón! —Kirsten le tapó la boca, muerta de vergüenza.
—Eso no significa que nosotros seamos iguales —masculló él entre los dedos de ella.
—¡Ya lo sé! Aun así..., no es algo que quieras gritar a los cuatro vientos, ¿no te parece? Eso, en caso de que sea verdad.
—Claro que es verdad —siseó él—. Ya has visto el uniforme que lleva Vati en esa foto.
—Sí, pero en esa época todo el mundo llevaba uniforme. Estaban en guerra.
—No todo el mundo llevaba la calavera.
—¿El qué?
—Mira su gorra cuando lleguemos a casa; tiene una calavera y los huesos cruzados. Era el emblema de las SS.
—¿Ah, sí?
—No sabes nada, ¿eh?
Ella frunció la nariz.
—De esas cosas prefiero no saber. Forman parte del pasado y deberíamos olvidarlas. El motor de Alemania es ahora la industria, el deporte y... y...
—¿Los zoos? —propuso él.
Intentaba hacerla sentir bien, lo sabía, pero era él quien había sacado el maldito tema de las SS. Kirsten no sabía

mucho sobre ellas —no era precisamente algo que les enseñaran en la escuela—, pero estaba casi segura de que habían sido las fuerzas de élite de Hitler, las encargadas de administrar los guetos y los campos de concentración.

Se le habían quitado las ganas de bailar. Incluso de beber el chocolate caliente que sabía que Lotti tendría preparado y de hablar con ella de su día; lo único que quería era irse a la cama y dormir.

—Es nuestra parada, Kirsty. Ya casi hemos llegado.

Su hermano seguía lanzándole miradas intranquilas y ella se esforzó por mostrarse paciente con él en el corto trayecto hasta el número 106 de la Bernauer Strasse. Ansiosa por esconderse en su cuarto y soñar que Dieter la invitaba a bailar, corrió escalera arriba hasta su apartamento en el primer piso y entró con una sensación de alivio que se esfumó al oír unas voces.

—¿Mutti ha invitado a alguien? —le preguntó a Uli.

—Que yo sepa, no. A lo mejor es Tante Gretchen.

Se quedaron quietos, aguzando el oído, e intercambiaron una mirada de preocupación: la voz era grave y ronca, inequívocamente masculina.

—¿Mutti? —la llamó Kirsten al tiempo que acercaba la mano a la puerta de la sala.

—¿Kirsten? ¿Esa es Kirsten? —La puerta se abrió y apareció un hombre corpulento y rubio vestido con una camisa áspera, demasiado pequeña para sus musculosos brazos—. Bueno, bueno —dijo, abriéndolos—. ¡Sorpresa! Tu padre ha vuelto a casa.

TRES

Alte Ladenstrasse, 4G, Stalinstadt

OLIVIA

Olivia hizo girar la llave en la cerradura y entró en el piso, contenta de haber llegado. Una vez dentro, aspiró el olor a pan de *sabbat* recién horneado y a sopa de pollo, y escuchó el tenue murmullo de las voces de sus padres, que cocinaban juntos en la cocina. A sus amigas siempre les sorprendía que su padre cocinara. Alguna se había mostrado incluso despectiva, hasta que el tema surgió en clase y su padre fue aclamado como un héroe socialista.

«En la República Democrática Alemana —había dicho el profesor—, todos los camaradas somos iguales. Los roles de género son una imposición opresiva occidental, que impide que la mitad de la mano de obra contribuya al beneficio nacional».

Eso puso fin a todos los comentarios, aunque en su casa la realidad era más dulce. Filip decía que había aprendido a cocinar durante sus primeros años de casado, cuando, bajo la ocupación nazi, no le habían permitido trabajar por ser judío y le había cogido el gusto. A veces bromeaba diciendo que se le daba mejor a él que a Ester, y su madre siempre replicaba que, por ella, podía encargarse de todo. A Olivia le gustaban las comidas de los dos, pero disfrutaba más cuando cocinaban juntos, así que se paró en el pasillo y se empapó de la reconfortante sensación de estar en casa.

Había sido un día raro en la escuela. Lo había empezado cansada después de haber pasado media noche en vela, y aún más por la revelación de su madre. Al final, no les

había contado nada a sus amigas sobre la furgoneta, la cárcel y la madre de pelo verde despojada de su hijo; lo único que deseaba era llegar a casa para saber más cosas sobre ese bebé, nacido en el mismo infierno que ella.

Olivia siempre había sabido que había llegado al mundo en Auschwitz y que era adoptada. Ester y Filip nunca se lo habían ocultado, y le habían hablado de su padre biológico, abatido a tiros por los nazis; de su madre biológica, Zofia, que había muerto de pena después de que le quitaran a Olivia con solo dos días; y de una tía que había acabado en una cámara de gas al llegar a «ese lugar» y a la que debía su nombre. Le habían contado el milagro que había supuesto encontrarla en un orfanato y saber que era ella gracias al número —58031— que Ester le había grabado en la axila y que aún seguía allí.

Le habían repetido incesantemente lo felices que habían sido al convertirla en una más de su familia, y ella no tenía motivos para dudar. Ni siquiera cuando tuvieron a sus propios hijos biológicos, Mordecai y luego Ben, había dudado Olivia de su amor; de hecho, eso había afianzado su posición como única hija. Pero durante todo este tiempo, había existido esa otra chica y, durante todo este tiempo, debían de haberla buscado. Claro que la habían buscado; era la única cosa racional que podían hacer. Olivia lo entendía a la perfección y no era tan necia como para pensar que eso significaba que la quisieran menos a ella. Pero aun así, seguía resultando desconcertante descubrir que tal vez ella no era suficiente. Que después de todo, no era su única hija.

—¿Olivia? ¿Eres tú? —Ester salió de la cocina con un delantal encima del uniforme y la mejilla sonrosada y manchada de harina, se acercó presurosamente a Olivia y la cogió de las manos—. Me alegro de que hayas vuelto. Ahora sí que está toda la familia reunida para el *sabbat*.

Acentuó la palabra «toda», como si le hubiese leído el

pensamiento y quisiera tranquilizarla, y Olivia sonrió, agradecida.

—¿Los chicos están aquí?

Ester señaló hacia la sala, donde Mordecai y Ben estaban sentados en el suelo jugando con un mecano. De camino a casa, Olivia había pasado por delante de un grupo de chavales que jugaban al pillapilla en el espacio abierto frente al obelisco y sabía que a sus hermanos, que tenían diez y doce años, les habría encantado estar allí, pero los viernes por la noche eran sagrados en el hogar de los Pasternak. Los dos le dedicaron un alegre saludo con la mano.

Que su familia era judía no era ningún secreto, aunque tampoco profesaban su fe en público. No era algo raro en la RDA. Los cristianos también trataban de pasar desapercibidos en un país en el que la religión se consideraba una innecesaria distracción de la absorbente vida estatal. A Olivia le parecía bien. Le gustaba que su religión fuera algo privado que solo compartían entre ellos cinco. Le gustaba que, los viernes, su padre y sus hermanos se pusieran en la cabeza sus kipás, con unos delicados bordados hechos por Filip. Le gustaba cómo su madre y ella encendían las velas del *sabbat* y servían el vino del *kidush*, y luego todos se sentaban y rompían el pan juntos.

—¿Por qué no tenemos sinagoga? —había preguntado Ben hacía poco mientras Filip le leía las escrituras.

—Sí que la tenemos —le había dicho Ester—. Está en nuestra casa y en nuestros corazones.

Él había asentido con solemnidad.

—¿La construiste ahí, en «ese lugar»?

—Así es, Ben. La construí en mi corazón, donde solo Dios pudiera verla, y ahí sigue todavía: en mi corazón, en el corazón de todos nosotros.

Era un sentimiento precioso que Olivia valoraba enormemente, pero, igual que pasaba con todo, era como si en la historia hubiera algo más que su madre no les contaba.

Si sus padres no fueran judíos, con toda seguridad ahora vivirían en Łódź, donde se habían criado. Su madre no habría tenido que sufrir en Auschwitz, ni su padre en el campo de exterminio de Chelmno. Seguirían hablando en su polaco nativo y acudirían a una sinagoga real, de ladrillo y cemento, junto con los demás. Pero a los polacos no les había entusiasmado la idea de que los pocos judíos que habían sobrevivido regresaran después de la guerra. Los habían intimidado y perseguido, y cuando en 1946 cuarenta judíos inocentes fueron asesinados en un violento pogromo en Kielce, dos horas al sur de Łódź, Ester y Filip habían decidido abandonar su patria.

Le habían hablado a Olivia de la dolorosa ironía que suponía haber acabado en Alemania, pero en cuanto Ester terminó su formación como comadrona en Berlín, se habían mudado a Stalinstadt, en las afueras de la capital. Era una flamante ciudad con ideas nuevas y, con tres hijos a los que criar, se habían aventurado a empezar de cero e incluso le habían cambiado a su hija su nombre polaco, Oliwia, por el alemán Olivia. Ester se había convertido en una comadrona de renombre y Filip era el encargado de la sección femenina de la tienda de ropa estatal, donde hacía uso de su destreza con la máquina de coser para llevar a cabo «arreglos» que mejoraban, para las afortunadas señoras de Stalinstadt, tanto el talle como el estilo de las prendas estandarizadas del Konsum. La vida allí, insistían siempre, les sonreía.

—¿Te quieres cambiar antes de la cena? —le preguntó Ester.

—¿Y tú? —se rio Olivia, señalando el uniforme de su madre. Ester bajó la vista y meneó la cabeza.

—Me había olvidado por completo. Vamos, nos arreglaremos juntas.

No tardaron mucho en vestirse con sus mejores galas y reunirse con los hombres en la mesa. Todos se pusieron en pie con la cabeza agachada mientras Filip recitaba el

kidush; luego sirvieron la comida y se pusieron a charlar. A Mordecai lo habían seleccionado para el equipo de ajedrez y Ben había ganado un premio de ciencias. Filip había recibido un pollo entero de una clienta agradecida, encantada con el ribete bordado en su bata de casa, y la sopa estaba sabrosa y riquísima.

Olivia les contó que le habían pedido que fuera la capitana del equipo de tenis en una competición juvenil a la semana siguiente y, aunque su familia no acababa de entender su interés por el deporte, todos brindaron con entusiasmo. Ella les dio las gracias y disimuló su malestar, consciente de hasta qué punto era distinta a ellos. No pudo evitar pensar qué se le daría bien a su verdadera hija. ¿Tendría los huesos tan finos como sus padres y sus hermanos? ¿Querría ser comadrona como Ester? ¿Sería...?

Se obligó a parar. Aquello era una estupidez. Era muy afortunada de tener una familia tan maravillosa, y si el número escondido en su axila no coincidía con el del brazo de su madre, ¿qué? Ellos la habían escogido y la querían, y eso era una bendición aún mayor.

Sin embargo, se moría de ganas de saber más.

Después de comerse hasta la última miga y recoger los platos, Filip sacó una preciada tableta de chocolate y todos se sentaron bajo los últimos rayos de sol que se colaban por la ventana y saborearon el desacostumbrado capricho.

—Cuéntanos una historia, Mutti —le pidió Ben, que se escurrió entre sus padres en el sofá.

—¡Ay, sí! Cuéntanos una historia.

Mordecai se levantó de inmediato y se sentó a los pies de Ester, pero Olivia se revolvió, incómoda. No tenía muy claro por qué a sus hermanos les entusiasmaban tanto las historias de Ester. No eran los típicos cuentos de antes de ir a dormir; en sus relatos no había hadas, brujas ni dragones. O quizá los hubiera, solo que eran muy reales.

«¿Por qué lo haces? —le había preguntado un día a su

madre—. ¿Por qué sigues hablándonos de “ese lugar”? ¿No sería mejor olvidarlo?».

«Sí, sería mejor —había coincidido Ester—, pero es imposible. De esta manera, puedo dividirlo en fragmentos que resultan casi soportables, y abrirlos de uno en uno. Si intentara darles la espalda, todos los recuerdos se rebelarían y me inundarían. Esta es la única manera de controlarlos. Además, por supuesto, tenéis que conocerlo; tenéis que saber de qué es capaz el ser humano. Debéis estar alerta, siempre».

Olivia no estaba segura de que los chicos se tomaran las historias como una advertencia, sino más bien como succulentos relatos de terror —tan distantes de ellos como los de brujas y dragones—, salvo cuando miraban a los ojos de su madre y veían el dolor. Eso, ninguno de ellos se lo tomaba a la ligera.

—Cuéntanos la del árbol de Navidad —pidió Mordecai.

Ester tomó aire, vacilante, y le dedicó una sonrisa.

—Tú sí que sabes elegir, Mordy.

Lanzó una significativa mirada a Olivia por encima de la cabeza del niño y, mientras notaba cómo la cena del *sabbat* se le revolvía en el estómago, esta agarró un cojín y se abrazó a él para protegerse de lo que estaba por venir.

—¿Estáis seguros? —preguntó su madre.

—Sí.

Ben se deslizó hasta el suelo junto a su hermano y los dos se quedaron sentados frente a Ester con las piernas cruzadas, como alumnos delante de un rabino.

—Muy bien. Era la Navidad de 1943, en plena guerra, y yo llevaba ocho meses en «ese lugar». Olivia había nacido tres meses antes y había ido a..., bueno, a dondequiera que fuera antes de que un alma generosa la llevara al orfanato donde, bendito sea Dios, la encontramos.

Los chicos se agitaron, sorprendidos. Aquel detalle de la historia era nuevo, y Olivia estaba segura de que lo había

añadido para prepararla para la revelación que le esperaba. Los niños miraron a su hermana adoptada con curiosidad, pero no era ella lo que en realidad les interesaba.

—Cuéntanos lo del árbol —instó Ben a su madre.

Ester le dedicó una sonrisa a Olivia y se volvió hacia las impacientes caras que tenía a sus pies.

—Alguien nos obligó a salir a la nieve en medio de la oscuridad. Era Irma Grese.

—¿La guardia con el látigo?

—Todas tenían látigos, Ben, pero sí, ella era la más aficionada a usarlo. Nos dijo que las autoridades tenían un regalo para nosotras y, en efecto, cuando salimos al frío glacial, vimos un abeto gigante en el centro del campo y guardias que encendían velas enganchadas a las ramas, como si estuviéramos en medio de una hospitalaria ciudad alemana. Por un momento, creímos que en algún lugar debajo de sus uniformes de las SS tenían un corazón de verdad, pero no podíamos haber estado más equivocadas.

»De pronto y sin previo aviso, empezaron a retirar sábanas. Debajo del árbol, en un montón espantosamente alto, había cadáveres desnudos, los de más arriba decorados con cintas rojas. En ocasiones, todavía pienso en las personas que cortaron esas cintas y las ataron alrededor de los miembros muertos, tomándose su tiempo para asegurarse de que el lazo quedaba perfecto y aplastar así nuestro espíritu más de lo que ya lo estaba. —Tosió y siguió hablando, su voz más parecida al rugido de un animal que a la de una persona—. Digo personas pero no eran personas; eran monstruos.

Filip la rodeó con el brazo y hasta Ben y Mordecai se quedaron sentados en silencio, recordando que aquella historia no era inventada, sino la verdad; la verdad de su madre. Ester volvió a toser y se irguió con la cabeza bien alta.

—Pero entonces Ana, vuestra abuela Ana, se puso a cantar. —Olivia cerró los ojos y trató de visualizar a la gentil anciana que había sido la mejor amiga de su madre en Auschwitz,

y que desde entonces había seguido ejerciendo de abuela para ellos—. Cantó *Noche de paz* —continuó Ester—. Y una tras otra, nos unimos a ella; todas, incluso las judías. No nos sabíamos la letra, pero no importaba porque la melodía era hermosa y, mientras cantábamos, aunque fuera por un breve instante, volvimos a ser seres humanos; no animales que hurgaban entre la suciedad y la nieve en busca de unas migas de pan, sino seres humanos capaces de sentir, padecer y amar. Eso no consiguieron arrebatárnoslo, por mucho que lo intentaran, y al final, el amor salió victorioso.

Filip la apretó contra él. Olivia vio que su madre se secaba una lágrima y que el miedo se había apoderado de nuevo de ella. Ester no lloraba casi nunca, ni siquiera cuando contaba sus historias. Las relataba con un férreo control sobre sí misma y siempre acababan igual: el amor salía victorioso. Pero ahora le dio la impresión de que el amor también había perdido, y se fijó en que Ester doblaba y volvía a doblar su vestido mientras Filip se ponía de pie para meter a los niños en la cama.

—Ay, Vati, ¿no podemos quedarnos un rato más?

—No. Mañana vamos a pescar, ¿os acordáis?

—¡Sí! —Ben se levantó de un salto—. Voy a pescar un pez, Mutti, y lo voy a traer a casa para ti.

—Yo voy a pescar uno más grande —dijo Mordecai, separando las manos para mostrar el tamaño del pez que casi seguro no iba a pescar.

—Y los repartiremos entre todos —dijo Filip con firmeza—. Y ahora vamos, a la cama.

Se alejaron en dirección a sus cuartos con gran alboroto, hablando de cañas y redes, y de pronto Olivia y su madre se quedaron solas en la sala.

—Ven a sentarte aquí, *kindchen*. —Ester dio unas palmaditas en el sofá y Olivia cambió de sitio y se acomodó a su lado—. Menuda historia la que ha elegido Mordy para esta noche, ¿eh? Es casi como si lo supiera.

—¿Como si supiera el qué? —La voz le salió estúpida-
mente ronca, pero Ester no pareció darse cuenta.

—Esa Nochebuena fue el día que me puse de parto.

—¿De... de mi hermana?

—De Pippa, sí.

Pippa. Olivia tanteó el nombre al tomar aire y notó cómo se asentaba en su interior. Pippa. Filipa. Tenía sentido; el parto de su madre y el nombre de su padre.

—Cuéntamelo —susurró.

Ester se aferró a su mano.

—Rompí aguas ahí, en medio de la nieve. Se convirtieron en una nube de vapor que se elevó del suelo, y si las guardias no se percataron fue solo gracias al vino que habían bebido y a su petulante orgullo por aquel «regalo» enfermizo. Ana y Naomi, mi amiga griega, me llevaron a los barracones y estuve de parto toda la noche. Me perdí el recuento de la mañana siguiente. Por lo general, eso habría supuesto la muerte inmediata, pero Pippa decidió venir al mundo el día oportuno: las muy desgraciadas estaban demasiado ocupadas dándose un atracón con su festín navideño como para darle importancia.

»Nació al cabo de unas horas y, durante un rato, por primera vez desde que había llegado a “ese lugar”, fui feliz. Feliz de verdad. Las demás mujeres fueron muy amables. Me trajeron su pan, su margarina y su remolacha, y lo compartieron conmigo aunque sabe Dios que no tenían suficiente ni para mantenerse con vida ellas mismas, y mucho menos a un bebé; me subió la leche y durante cuatro días enteros tuve a la niña conmigo y pude darle mi amor. Fue algo mágico. Y entonces vinieron.

—¿Quién vino? —preguntó Olivia.

—Los oficiales de las SS, los mismos que se te llevaron a ti. Formaban parte de los altos cargos de la administración de «ese lugar»; llegaban con un lujoso coche y se llevaban a los bebés. Los arrancaban de brazos de sus madres, igual

que hizo anoche el oficial de la Stasi con Claudia. Eso está mal, ¿verdad, Olivia? No es justo. No puedes quitarle a una madre su recién nacido.

—Por supuesto que no —convino Olivia, al tiempo que reproducía mentalmente la imagen de Claudia de rodillas, llorando e implorando, como si el hombre le hubiese arrancado un pedazo de su propia alma—. ¿Cómo se llamaban?

—Meyer y Wolf —contestó Ester—. Wolf era una mujer. ¿Te lo puedes creer? Una mujer, y aun así se llevó a nuestros bebés. A veces me pregunto si alguna vez llegó a tener hijos propios y si, cuando los tuvo, pensó en lo que nos había hecho a nosotras.

—Pero seguro que fue a la cárcel, ¿no?

—Tal vez. Tal vez no. Te sorprendería saber qué pocos acabaron allí. Algunos se escaparon, consiguieron identidades nuevas y huyeron del país. Y a los que atraparon ni siquiera les fue tan mal. Aparte de los mandamases, el resto cumplió una condena de uno o dos años de cárcel, y volvió a salir y pasearse por Alemania como si nada hubiera pasado. Lo único que me consuela es que estamos en el Este y que a ningún fascista se le pasaría por la cabeza vivir bajo el yugo comunista. Viven felices como gordos capitalistas mientras millones de personas se esfuerzan por recoger las piezas de su vida devastada.

—Y para ti, ¿una de esas piezas es Pippa?

Filip, que había regresado a la habitación, le puso una mano a Olivia en el hombro.

—Sabes que te queremos y que te consideramos nuestra propia hija, ¿verdad, Liv?

Ester levantó la mirada y una expresión horrorizada le cruzó la cara.

—Por supuesto —confirmó—. Por supuestísimo. Encontrarte fue un milagro y Pippa no tiene nada que ver con eso. Por favor, ni se te ocurra pensar...

Olivia le apretó la mano.

—No lo pienso. Os quiero mucho a los dos y soy muy afortunada de formar parte de esta familia.

—No tan afortunada como nosotros por tenerte a ti. Es solo que...

Ester se quedó sin palabras y Filip terminó la frase por ella.

—Es solo que habría estado bien teneros a las dos.

—¿Intentasteis encontrarla?

—Claro —contestó él, que se sentó al otro lado de Olivia. Estaban un poco apretujados pero ella agradeció su amor—. Lo intentamos por todos los medios posibles, durante años: probamos en sinagogas y orfanatos de toda Polonia y Alemania, en el comité del World Jewish Relief y en varias organizaciones nacionales. La Cruz Roja hizo mucho durante los primeros años, y Naciones Unidas tenía una división de auxilio y restitución con un equipo de búsqueda de niños. Así fue como te encontramos a ti, Liv. Los tatuajes que Mutti hizo en las axilas de los bebés fueron de gran ayuda y permitieron encontrar a algunos, pero...

—Pero ninguno era Pippa —dijo Ester—. Hasta que un día, creímos haberla encontrado. Creímos...

—Hubo una notificación sobre un bebé —explicó Filip, sujetando con fuerza la mano de su mujer—. Bueno, por entonces era ya una niña. Fue en 1950.

—¿Cinco años después de la guerra?

—Sí. Y siete después de que nacieras tú. Y... y Pippa. Ya habíamos perdido la esperanza.

—Y ¿qué pasó?

—No importa. —La voz de Ester sonó tensa y decidida, y no admitía discusión—. No importa, Olivia. Filip y yo nos encontramos el uno al otro, contra todo pronóstico, y te encontramos a ti, y luego tuvimos a Mordy y a Ben. Tenemos muchas cosas por las que estar agradecidos, sobre todo en comparación con la mayoría de la gente que conocíamos... antes. Es más que suficiente.

Por su tono, a Olivia le quedó claro que no se iba a hablar

más del tema, aunque el llanto que se percibía por debajo de las palabras de su madre decía otra cosa. Eran una familia feliz, Olivia lo sabía, pero, por mucho que dijera Ester, era obvio que eso no bastaba. Y que se moría de ganas de saber más sobre su hija perdida.